

VIVIR RESUCITADAS: EL POSGRADO DE LA MADUREZ

Leticia Soberón - Colegiata Cielo en la Tierra

IV Encuentro Teológico: Dios, fuente de madurez.
15-16 mayo 2026

* * *

Hemos visto en las anteriores conferencias cómo Dios se pone de a favor de nuestra propia madurez. No quiere que sus amigos sean pasivos, infantilizados, dependientes o esclavos. Quiere establecer una relación con personas cada vez más libres, responsables, capaces de amar. Si leemos a esa luz la historia de la salvación, a lo largo del Antiguo Testamento la pedagogía de Dios va impulsando durante siglos esas dinámicas de libertad y de responsabilidad ante Él, culminando en Jesús de Nazaret.

Antes de continuar vamos a hacer unas precisiones terminológicas que conviene tener presentes. La primera: **¿qué es la madurez?** desde mi punto de vista, la madurez es el avance en un auto conocimiento progresivo, trenzado con el aceptarse tal como uno va siendo. Conocerse no basta. Uno puede conocerse y odiarse, y entonces no avanza en madurez. Son necesarios ambos pasos, que nos permiten asumir con alegría ser quien es uno mismo, porque sabemos que soy quien soy o no sería. Los defectos, carencias, debilidades, desenfoques que todos tenemos, pueden estar incorporados en esa dinámica de madurez. No se trata de ser perfectos, se trata de ir siendo cada vez más plenamente nosotras mismas y ayudar a que otros lo sean.

Irse conociendo, irse aceptando, a veces es duro. No nos es fácil ver con claridad quiénes somos qué efecto hacemos en los demás, entender por qué nos pasa recurrentemente lo mismo ante las personas. La dinámica del autoconocimiento a veces es amarga y no siempre nos reconocemos en lo que otros nos dicen sobre nosotros. Luego volveremos sobre este tema.

Pero conocernos y aceptarnos es una dinámica de madurez porque nos permite ir gestionando nuestra realidad en la vida cotidiana. Asumir ser quienes somos nos facilita respetarnos a nosotras mismas y respetar y aceptar también a los otros, estableciendo dinámicas de amistad y amor, que son la tierra fértil para el despliegue de las capacidades que todos tenemos. Sean muchas o pocas, no importa. Pero pero igual no podemos desplegar todas. En un clima de aceptación, uno despliega aquellas que están en orden a un propósito o a una meta, a unos objetivos que es capaz de plantearse. Para mí la madurez no necesariamente es desplegar todo lo que puedes hacer, todo lo que eres capaz de realizar, sino con armonía aquello que prefieres hacer y prefieres desplegar en orden a una manera de estar en en la sociedad y en el mundo.

Ahora podemos preguntarnos: ¿Dios nos quiere maduros o nos quiere santos? ¿O las dos cosas?

Veamos **qué es la santidad**. La santidad es abrirse a la Gracia de Dios, a establecer una amistad con Él, a aceptar su Amor y su compañía, a ser embajadores de su Amor. Él nos hace madurar, sobre todo, porque nos conoce, nos acepta y nos ama tal cual somos. ¡Es Él mismo la fuente de la madurez!, de la libertad, del amor. Por eso es la mejor “tierra, aire, nutrientes” de nuestro despliegue interior. Estar con Él, ser sus amigos y amigas, nos hace florecer. Casi sin hacer nada más. Él nos purifica, nos hace madurar como el sol a las plantas.

Pero algo importante, Decía ayer Josep Manuel Vallejo que en el caso del ser humano, madurar es una decisión. Conuerdo con él. Es necesario decidirse a crecer. Y en el caso de la relación con Dios, ciertamente supone una libre aceptación por nuestra parte. Entonces su amistad nos abre a una dimensión distinta, que no podríamos lograr por nuestros propios medios de ninguna manera. Si ya la vida natural es gratuidad, la sobrenatural es un regalo de otra escala. Puede

coincidir o no del todo con la madurez. Es decir normalmente las personas santas suelen tener un cierto grado de madurez, pero no necesariamente una persona madura es una persona santa.

Sabemos, porque es clásico en la iglesia, que la gracia no suple la naturaleza; no la sustituye, no la destruye, pero no actúa sin ella es decir, lo que llamamos sobrenatural actúa precisamente sobre lo natural, llevándolo a una plenitud y a un alcance fuera de las posibilidades humanas. Las dinámicas de la santidad son fruto del encuentro entre la libertad de la persona y la gracia de Dios, es decir, Dios actúa en la persona de una manera misteriosa que la lleva a una plenitud que ella misma sería absolutamente incapaz de alcanzar.

Ejemplo: nosotros amamos con nuestras fuerzas, casi siempre débiles y a veces erráticas, pero seguimos intentando colocarnos en la línea del amor a través del perdón, la paciencia, la perseverancia. La gracia de Dios y la amistad con Él nos va haciendo capaces de amar con su propio Amor, que se llama caridad. Nosotros podemos amar mucho, pero sólo Dios transforma nuestro amor en Caridad, que es el amor muerto y resucitado.

Esta convergencia entre nosotros y la Gracia a veces es indistinguible, es decir, Dios rara vez actúa de modo tan notable y tan brillante que sea muy claro que fue Él, que fue la gracia quien actuó. Digo a veces lo hace, pero la mayoría de las veces en esa íntima relación que Dios ha querido tener con nosotros, parece que es como lo normal los milagros de la gracia llegan a aparecer cosa nuestra, o de la casualidad. Yo creo que hay que ser muy finos y muy sabios para agradecer esa acción de Dios en nosotros, que nosotros mismos a veces no distinguimos.

Toda la pedagogía de Dios hacia nosotros está ordenada al amor. A liberarnos de ataduras, esclavitudes, prejuicios, egoísmos y niñerías para que despleguemos nuestra capacidad de amar.

El Evangelio es la pedagogía del amor, como nos lo han explicado. Implica irse liberando de frivolidades, envidias, celos, posesividades, soberbia... Este camino no es fácil pero es realmente liberador. Veamos cómo Jesús va ayudando a sus discípulos a liberarse de conceptos viejos, rancios: Querían ser el primero según los criterios de su mundo: estar a su derecha y a su izquierda... Y él una y otra vez les dice "No sea así entre vosotros". Ultimidad. Los purifica del mundo viejo. "No juzguéis", en el sentido de "no condenéis", no os hagáis dioses ante los demás.

Y en ese camino progresivo, la muerte a nosotros mismos -siguiendo a Jesús y por sus mismas causas- es imprescindible para saltar a una nueva dimensión en el amor.

El entender es progresivo.

Antes de pasar a las lecciones del Resucitado, tomemos conciencia de que nuestro entender ciertas cosas es progresivo. Hay muchos temas que todo ser humano tarda en asimilar. Sobre todo los que atañen a nosotros mismos, a nuestro comportamiento y modos de hacer las cosas. Cuando alguien nos hace de espejo, puede suceder que oímos y oímos unas frases que, por algún motivo, nos dicen poco. No nos reconocemos en lo que nos reflejan de nuestra propia persona. Y puede pasar, sin embargo, que un día cobran sentido más pleno en nuestra cabeza.

De repente esas palabras archiconocidas toman relevancia, significado, un sentido renovado. «Ahora entiendo lo que me decía (mi madre, mi hijo...)». Es como un ¡Eureka! agrídulce porque tal vez nos refleja algo de nosotros mismos que no queríamos o no podíamos ver.

La comprensión de asuntos que nos atañen personalmente suele ser lenta; algo tiene que cambiar dentro de nosotros para que seamos capaces de asimilarlos. Desbloquear resistencias, flexibilizar rigideces, cambiar de perspectiva, bajar la guardia... Las palabras pueden resbalar por la superficie de nuestra conciencia o tener un eco diferente en nuestro interior según las experiencias recientes, los dolores o alegrías que hemos vivido, el crecimiento de nuestra capacidad de ponernos en la perspectiva del otro, de distanciarnos de nosotros mismos, de asumir nuestros límites, y también seguramente de nuestra capacidad de amar.

Pongamos el ejemplo de Pedro. Cuando en la última cena afirma con convicción "daré mi vida por ti", y Jesús le anuncia que lo negará tres veces esa misma noche, Pedro está siendo

completamente sincero. Quiere de verdad dar su vida por Jesús y así lo hará, pero muchos años más tarde. Jesús sabe que es su propia hora, pero no la de Pedro y los demás. Ellos tienen todavía mucho camino que recorrer. Pasarán el terrible momento del prendimiento de Jesús, las negaciones, el abandono, la cruz como muerte ignominiosa de Jesús, el miedo a ser asesinados ellos también... El desconcierto y la confianza a pesar de todo, quizá por la presencia silenciosa de María que en su corazón sabía que ese no era el final.

Luego, nada menos que cuarenta días de encuentros con el resucitado, un hecho completamente nuevo en la historia, una nueva esperanza, un hecho que muestra la enorme libertad de Dios que toma en sus manos la rienda de la historia... El diálogo junto al lago y el primado del amor: "Pedro, ¿me amas? Apacienta mis corderos." Y luego lo más desconcertante: "Sígueme". ¿Cómo se sigue a un resucitado? Y luego... a alguien que trasciende del todo (asciende) y ya no lo ves?

Luego viene Pentecostés, que ahora veremos es otro hito disruptivo que ilumina definitivamente el corazón, la vida y la mente de los apóstoles. Un fuego interior que los empuja con fuerza hacia fuera de ellos mismos. Este sería el doctorado.

Muchos años después, Pedro estará en Roma animando a las comunidades que florecen en esa ciudad. Se desata la persecución y seguramente le dicen sus compañeros que debe huir para salvarse y evitar que la Iglesia naciente quede sin su líder. Va saliendo de Roma convencido de que es lo mejor... Y cuenta la leyenda que a la salida de la ciudad, ve venir en sentido contrario a Jesús como cuando estaba con ellos, y pasa de largo para entrar en Roma. Y Pedro desconcertado, le pregunta: "Domine, quo vadis?", ¿a dónde vas? "A Roma, a morir donde tú no quieres." Y se da cuenta de que, esta vez sí, ha llegado su hora.

Es entonces cuando es capaz, por madurez y por santidad, de seguir a su Maestro. Ahora tiene la plenitud y el amor suficientes -sin duda por gracia de Dios- para ser testigo hasta el final.

Las lecciones del Resucitado

Tal como sugiere Alfredo Rubio, tomaremos la perspectiva de Él, de Jesús Resucitado, porque estamos llamadas a ser y vivir como Él, haciendo presente el reino de Dios ya aquí en esta vida. Sabiendo que jugamos con ventaja: nos ha mandado a Espíritu Santo que nos precede, abre caminos, nos sostiene y santifica.

Algunos rasgos de la vida resucitada

- Confiar más allá de lo aparente. Las primeras personas a quienes Jesús pone como testigos de su resurrección, son mujeres... Ellas que en el Israel de su tiempo eran consideradas como "menores de edad", siempre tuteladas, no podían ser testigos en los juicios. Jesús las trató en vida como discípulas. Ahora se manifiesta a ellas en primer lugar y les confía la tarea de ser testigos ante los apóstoles. Por eso se les llama "apóstolas de los apóstoles". Jesús confía en ellas basado, seguramente, en el amor y la fidelidad que habían mostrado. Y al mismo tiempo abre caminos nuevos en la historia femenina.
- Confiar incluso cuando hay datos evidentes en contra. Ante los apóstoles, que lo abandonaron y negaron, no sólo no responde con rechazo o con reproches. Les da su paz y ¡los envía como sus colaboradores más cercanos! Confiar y seguir confiando porque hay algo muy auténtico en las personas que merece ser cultivado. Jesús se dirige en cada una a lo más noble y sano que tiene, haciéndolo florecer. Así debemos ser nosotros.
- Atravesar muros: no nos frena ninguna de las fronteras sociales que distancian a las personas: económicas, sociales, de edad, raciales, sexuales, políticas... Jesús Resucitado atraviesa los muros. Nosotros también. Toda persona es digna de benevolencia y amor. Podemos acercarnos a todos, a cada una. Los muros son como de humo. Las trincheras no existen para nosotros. Vemos personas y tratamos personas.
- Podemos decir la verdad sin herir. Podemos invitar a otros a crecer, sin imponernos. Como Jesús con Tomás, o con los de Emaús: no seas incrédulo, no seáis tardos de corazón para entender... (Correlativamente debemos dejarnos decir verdades sin sentirnos heridas o atacadas. Algo de verdad puede haber en lo que nos dicen).

- Estar donde debemos estar, con una especie de “puntualidad sobrenatural”, apareciéndonos en el momento necesario, acompañando, consolando, apoyando. Como Felipe con el Eunuco, como Pedro con Cornelio y su familia.
- Creando nuevas formas de vida y apostolado, con naturalidad, transformando los esquemas y hábitos del entorno sin menosprecio ni acritud, sorprendiendo muchas veces. Como Madre Teresa, como tantos santos y santas.
- Amar mucho sin apegos, sin quedar presas de relaciones tóxicas o posesivas. Magdalena aun amaba con su limitado corazón. Jesús le dice: “No me retengas”. La invita a ir más allá. Se aman tanto, que juntos irán a sus hermanos y al Padre.
- No nos ceñimos a las etiquetas sociológicas que suelen definirnos por nacimiento. Dejamos atrás las categorías espacio-temporales en las que se suele clasificar a las personas: nacionalidad, clase social, color de piel... Seguimos siendo quienes somos, pero en cierto modo trascendemos esas categorías. La tumba está vacía... Nuestra madre y hermanos son todas la personas.
- Guiándonos por el primado del amor. En esa tremenda y misteriosa línea de continuidad que hay entre el amar a Dios y amar a las personas. Con cuidado, con ternura. “Pedro, ¿me amas? Apacienta mis corderos”. Si me amas, ama a los que amo. Así nosotros.

Estos rasgos de “sobre-madurez” son evidentemente un don. Son progresivos, Incluso con vaivenes, no se trata de una progresividad lineal. Y como decíamos arriba, el Espíritu Santo nos llena e impulsa en un doctorado de la madurez porque “no hay mapa”. Hay que ser muy finos y sensible a lo que Él nos va indicando como camino. Los Hechos de los Apóstoles muestran ese nuevo modo de vivir de los seguidores de Jesús, que ya son uno y se lanzan a discernir juntos por dónde los lee Espíritu. Cada uno y cada una como somos. Si nos abrimos, confiamos y perseveramos, Dios irá obrando ese milagro de hacernos vivir como resucitadas ya aquí.

Epílogo

...Y por el “efecto levadura”, quién sabe si contribuimos, calladamente y aunque sea en pequeña escala, al bien y la armonización de las personas de nuestro entorno.